

**ANTOLOGÍA  
DE LAS  
MEJORES  
NOVELAS  
POLICÍACAS**

**TOMO XVII**

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1982 por la editorial ACERVO.

# Índice de contenido

## Cubierta

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. XVII

Un golpe de viento (Victor Canning)

A como en alibi (Lawrence Treat)

El último en saberlo (Robert Edward Eckels)

Jericho y los asesinatos del estudio (Hugh Pentecost)

El hombre que nunca hizo nada a derechas (Robert Bloch)

El asesino sin huellas dactilares (Lawrence G. Blochman)

Dinero sangriento. Una historia del siglo XVII (Phyllis Ann Karr)

¿Tiene usted una fortuna en su desván? (Lloyd Biggle, Jr.)

El habito solitario (Brian W. Aldiss)

Igual que el inspector Maigret (Vincent McConnor)

Operación Bonaparte (James M. Ullman)

La gran operación de Raffles (Barry Perowne)

## Nota histórica

El tío de Australia (Ellery Queen)

El capitán Leopold se pone furioso (Edward D. Hoch)

El robo de Nick Velvet (Edward D. Hoch)

El espía en el final del arcoiris (Edward D. Hoch)

La pista de la mujer que gritaba (Erle Stanley Gardner)

## UN GOLPE DE VIENTO

Victor Canning

El Minerva Club, en una discreta esquina frente a Brook Street, es uno de los más exclusivos clubs de Londres. Sus miembros deben haber servido al menos dos años en una de las Prisiones de Su Majestad, y ser capaces de pagar cincuenta libras de cuota al año. En la quietud de su Sala de Fumar, bajo la apacible mirada de Milky Waye, el secretario del club, algunos de los más ambiciosos planes para obtener dinero, relacionados por supuesto con la evasión de la ley, son creados constantemente. Pero, aunque la notoriedad es una cualidad común entre los miembros, la fama —la real, honesta y sólida fama— ha llegado a muy pocos de ellos.

Lancelot Pike es uno de esos pocos, pero aunque sigue siendo uno de los miembros, no se le ve muy a menudo en los venerables salones del Minerva. De todos modos, sobre la chimenea de la Sala de Fumar cuelga una de sus mejores obras, nunca vista por el público en general: un óleo de la asamblea, con todos sus miembros, del Comité Directivo del club; muestra las figuras de treinta hombres cuyas fotografías y huellas dactilares son afectuosamente apreciadas por Scotland Yard.

El camino de Lancelot hasta la fama fue más bien tortuoso, y el primer paso fue dado el día en que Horace Head, apoyado contra una farola en la Old Kent Road y leyendo los resultados de las carreras, vio a *Miss Nancy Reeves*. Sin pensarlo, Horace empezó a seguirla, impulsado por

algún débil pero innegable impulso de su corazón. Y, naturalmente, Lancelot Pike, que estaba apoyado al otro lado de la farola, siguió a Horace, porque era el manager de Horace y no estaba dispuesto a que Horace se perdiera de su vista.

Horace Head estaba por aquel entonces en la cúspide de su breve carrera como luchador profesional de los pesos medios.

En aquel tiempo era joven, por supuesto, pero ya un cabeza de chorlito, un tipo lento en reacciones con una cautivadora sonrisa enmarcada en unas orejas de coliflor. Llevaba un traje gris con gruesas líneas rojas, una camisa azul, una pajarita amarilla y unos zapatos marrones que chirriaban al andar.

Chirrió detrás de *Miss Nancy Reeves*, y no había ninguna razón por la que no debiera haberlo hecho. Era una rubita delgada y esbelta con ojos azules y una complexión que hizo pensar a Horace —y eso indica lo encendido que estaba— en cielos azules vistos a través de un entretejido de macizos de cerezos llenos de flores.

Lancelot Pike lo siguió. Lancelot era un tipo alto, delgado, apuesto, con una lengua siempre dispuesta, una mente rápida, y una firme determinación a tener una cuenta bancaria bien repleta antes de llegar a los treinta años, sin importar lo que tuviera que hacer para ello. En aquel momento, Horace —que llevaba un mes luchando— era su única fuente de dinero.

Si *Miss Nancy Reeves* supo que estaba siendo seguida, no lo demostró. Finalmente, subió los peldaños de una Escuela de Arte del barrio y desapareció tras su puerta.

Horace continuó su persecución. Fue detenido en el interior por un ordenanza que dijo:

—¿Es usted estudiante?

—¿Tengo que serlo? —dijo Horace.

—Para entrar aquí, sí —dijo el ordenanza.

—¿Quién es —dijo Horace— la muñequita del cabello rubio y el traje verde? —señaló hacia donde *Miss Nancy Reeves* estaba casi fuera de la vista subiendo un amplio tramo de escaleras.

—Esa —dijo el ordenanza— es *Miss Nancy Reeves*.

—¿Es estudiante? —preguntó Horace.

—No —dijo el ordenanza—. Es una de las maestras de arte. Da clases de naturales.

—Entonces hágame estudiante de naturales —dijo Horace, sintiendo que crecían sus impulsos románticos.

En aquel momento intervino Lancelot Pike:

—¿Qué demonios pretendes, Horace? No eres capaz de pintar una línea blanca en medio de una carretera. Además, ¿sabes lo que es una clase de naturales?

—No —dijo Horace.

—Mujeres desnudas. Quizás hombres también. Vas a tener que pintarlos.

—Estaré cerca de ella —dijo Horace—. Pintaré todo lo que sea necesario, la Reina de Saba o el Primer Ministro, en blanco y negro o en color. Tengo que hacerlo, Lance. De pronto me ha entrado esa especie de dolor debajo mismo del corazón.

—Necesita bicarbonato sódico —dijo el ordenanza.

Horace le miró, le agarró, le levantó un palmo del suelo tirando del cuello de su chaqueta, y dijo:

—Hágame estudiante.

Bueno, le hizo estudiante. No había nada que detuviera a Horace. Lancelot le ayudó a rellenar el formulario y, en cierto modo, le alegró, porque sabía que las clases mantenían a Horace lejos de los *pubs* durante su entrenamiento. Horace era de las personas que desarrollaban una enorme sed tan pronto el entrenamiento había terminado.

De este modo Horace se convirtió en un estudiante de la clase de naturales. Al principio se sintió un poco impresionado. Venía de una familia decente de reventadores de cajas fuertes, atracadores y carteristas. No aprobaba que

mujeres desnudas posaran sobre una tarima mientras un montón de gente sentada a su alrededor las pintaba.

Para hacerle justicia, Horace raramente miraba a los modelos. Se sentaba tras su caballete y la mayor parte del tiempo miraba a Nancy Reeves. Naturalmente, pintó muy poco... pero se hartó de mirar a Nancy Reeves.

Era una muchachita encantadora. Pronto se dio cuenta de que Horace parecía estar por sus huesos; pero era una creyente en el gran poder de atracción del arte, y estaba convencida de que Horace nunca se hubiera apuntado a la clase si no hubiera tenido algún profundamente enterrado interés hacia él como forma de expresión.

Horace, por supuesto, nunca había tenido el menor talento para el dibujo o la pintura; pero, dándose cuenta de que no podía quedarse sentado en la clase y no hacer nada, empezó a dar alguna pincelada ocasional de color a su tela de modo que siguiera groseramente los contornos de la figura desnuda de la modelo ante él. Nancy Reeves decidió muy pronto que Horace era —si es que era algo— un pintor abstracto. Empezó a acudir a situarse tras él de tanto en tanto, y le hablaba desde atrás por encima de su cabeza... pero Horace gozó de cada momento de ello.

Tras dos semanas, Horace halló finalmente el valor necesario para pedirle si desearía ir a bailar con él. Sorprendentemente, ella aceptó, y se lo pasó muy bien, puesto que aunque no lo pareciera, Horace era rápido con sus pies y por aquellos tiempos era un buen bailarín.

Luego, una semana después del baile, Horace y Lancelot tuvieron ya preparado un pequeño asunto privado que Lancelot había planeado cuidadosamente para una sola vez. Se trataba de hacerse con la nómina de una firma local cuando el mensajero saliera del banco el viernes por la mañana.

Lancelot Pike tenía todo el asunto estudiado hasta el más mínimo detalle. Horace permanecería sentado en el coche fuera del banco, y Lancelot agarraría el maletín con

el dinero cuando el hombre llegara abajo de los peldaños, y se habrían ido antes de que nadie pudiera hacer un movimiento para detenerles. Era un poco burdo, pero tenía el mérito de la sencillez de ir directamente al grano, y nueve de cada diez veces —si lee usted los periódicos— funciona.

Esta vez funcionó... excepto por una cosa. El hombre bajó las escaleras llevando el maletín. Lancelot lo agarró y saltó al coche, y Horace lo puso en marcha; pero en aquel momento el mensajero metió su mano por la ventanilla trasera y disparó contra Lancelot Pike.

Pero la pistola no era una pistola ordinaria. Era una pistola de teñir llena de un tinte color púrpura vivo. La carga alcanzó a Lancelot de lleno en la parte derecha de su rostro, chorreó por su cuello, y arruinó un buen traje y una camisa de seda.

Bueno, ya estaba hecho. Regresaron a la casa de Head, donde Lancelot tenía una habitación, sin ningún problema con la policía. Lancelot se apresuró a meterse en ella con el maletín del dinero, y Horace siguió adelante para desembarazarse del coche.

Cuando Horace regresó, descubrió a Lancelot inclinado sobre el lavabo intentando quitarse el tinte. Pero no quería salir. Era un buen tinte de color púrpura intenso que parecía tener la intención de quedarse allí hasta que el tiempo lo fuera borrando.

—No vas a conseguir quitártelo por un tiempo —dijo Horace—. Meses, quizá. La policía buscará a un hombre con el rostro púrpura.

—Maravilloso —dijo Lancelot irritadamente—. Así que tendré que convertirme en un ermitaño. Permanecer encerrado aquí durante semanas. ¿Sabes qué significará eso para una persona tan sociable como yo?

Horace agitó la cabeza. No sabía lo que era una persona sociable.

—Tenemos el dinero —dijo.



—Y no podemos gastarlo. No podemos hacerlo trabajar para obtener más. Voy a tener que quedarme enjaulado aquí como un prisionero en la Torre. Yo, Lancelot Pike, que vive para el color, el movimiento, la gente, la gran exhibición de la vida, y las oportunidades de oro que esperan simplemente ser agarradas.

—Puedo ir a la farmacia y pedirle al farmacéutico si tiene algo para quitar eso —sugirió Horace.

—¡Y hacer que acuda rápidamente a la policía apenas lea la historia en los periódicos de la tarde!

—Sí, entiendo —dijo Horace.

De modo que Lancelot —de muy mal humor— se vio confinado en su habitación. Durante los primeros días mantuvo a Horace ocupado yendo arriba y abajo por las bibliotecas públicas escogiendo libros para él. Lancelot era un hombre talentado, casi culto... la comprensión de las cosas le llegaba fácilmente, y la ociosidad era como un veneno en su sangre que debía ser arrojado de su sistema. Pero lo que echaba en falta era la gente y el movimiento. Cada noche Horace tenía que contarle todo lo que había estado haciendo durante el día y, particularmente, como habían ido las cosas con *Miss Nancy Reeves* en la Escuela de Arte.

Curiosamente, Horace se estaba llevando muy bien con ella. Había algo en alguna manera simple, tosco, y graciosamente torpe, en Horace, que había empezado a atraer a Nancy Reeves. Las cosas suelen ocurrir así... piensen en el número de hombres feos como un pecado casados con hermosas mujeres, o en las mujeres estúpidas que acompañan a los grandes intelectos.

Sea como fuere, Lancelot empezó a interesarse en el romance de Horace, y se dio cuenta de que llegaría un momento en el que Horace le pediría a la chica que se casara con él, y apostó diez contra cuatro a que ella no aceptaría.

Horace no hubiera aceptado la apuesta, pero se sentía irritado de que Lancelot pensara que tenía tan pocas posibilidades.

—¿Qué hay de malo en mí? —preguntó.

—Nada —dijo Lancelot—, excepto que realmente no eres su tipo. Para ella eres simplemente un gran mono al que está intentando educar.

—¿Me estás llamando gran mono?

—En sentido figurado, no literalmente.

—¿Y eso qué significa?

—Que no tienes que aporrearne la cabeza a causa de un insulto imaginado.

—Entiendo.

—Lo dudo —dijo Lancelot—. De todos modos, olvídale. Pregúntaselo y verás la respuesta que recibes.

De todos modos, Lancelot ayudó a Horace con sus deberes de casa de la Escuela de Arte.

Cada semana, cada estudiante debía hacer en casa una composición de estudio sobre cualquier tema de su elección. Lancelot se hizo traer telas y pinturas, y se puso al trabajo por Horace. Y entonces el gusanillo de la pintura le golpeó... y lo hizo duramente.

Siguió leyendo libros y periódicos, siguió escuchando la radio y viendo la televisión... y pintando. Se convirtió en una manía para él en su forzada reclusión... y resultó que era bueno en ello. Poseía una especie de áspera y primitiva cualidad, con tan sólo una chispa de sofisticación aquí y allá, que hacía realmente que uno se parara a contemplar sus obras.

Naturalmente, Nancy Reeves observó el gran progreso en el trabajo de Horace, y su espíritu se expandió con deleite ante el pensamiento de que, gracias a ella, de las profundas oscuridades de la mente de Horace estaba floreciendo su auténtica personalidad. No hay nada que ame más una mujer que el transformar a un hombre. Son grandes en mejorar el modelo original.

Bien, una semana, cuando el rostro de Lancelot había palidecido ya a un lila pálido, Horace regresó de la Escuela de Arte diciendo que el trabajo para casa de esa semana

consistía en hacer «La cabeza de un amigo», y Lancelot dijo:

—Déjame a mí, Horace. El autorretrato de Rubens. El autorretrato de Van Gogh...

—Tiene que ser un amigo —dijo Horace—. No conozco a ningún Rubens...

—Tranquilo —dijo Lancelot, y empezó a rebuscar hasta encontrar una tela entre el montón que Horace había comprado para él. Luego se sentó frente a ella y se quedó mirando a un espejo de tal modo que pudiera verse a sí mismo en él, y añadió—: ¿Cómo van las cosas con la deliciosa Nancy?

—Hoy —dijo Horace— le pedí que se casara conmigo. Un par más de buenas peleas y con mi parte de lo que conseguimos podré comprar los muebles y un apartamento.

—¿Y ella qué dijo?

—Que debía pensárselo. Algo acerca de que era una decisión importante, un paso que había que considerar.

—Un paso irrevocable.

—Eso es. Eso es lo que dijo.

—Eso significa que ella no cree en el divorcio. Si dice sí, la tendrás para toda la vida. ¿Cuándo te dará su respuesta?

—En el fin de semana.

—Veinte a uno a que dice no.

—Estás ampliando la ventaja —dijo Horace, dolido.

—¿Por qué no? Mi profundo conocimiento de las mujeres. Cuando piden tiempo, es que hay dudas. Cuando hay dudas en una mujer, es que no existe deseo.

—¿Por qué tendría que tener dudas? ¿Qué hay de malo en mí?

—Siempre estás preguntando lo mismo —dijo Lancelot—. Algún día alguien será tan estúpido como para decírtelo. Horace, haz frente a la realidad... no eres un Romeo como yo. Se necesitan cualidades para ello.

—Yo la quiero —dijo Horace—. Eso es suficiente para cualquier mujer.

Lancelot puso los ojos en blanco.

—¡Que haya alguien que pueda ser tan simple! Un hombre que sólo tiene amor que ofrecer es como si subiera al *ring* con una mandíbula de cristal. Bueno, veamos —se estudió a sí mismo en el espejo—. Creo que me pintaré de frente, un poco serio, pero con un pequeño esbozo de sonrisa, un hombre de mundo, un conocedor, pero de gran corazón.

Bien, al terminar la semana el autorretrato estaba terminado, y Horace se lo llevó a la escuela. Lo colocó en su caballete y pretendió estar dándole los últimos toques. Cuando Nancy Reeves lo vio se sintió extasiada.

—Aún no está terminado del todo —dijo Horace, que había aprendido lo suficiente como para mantener una conversación un poco prolongada—. Necesita algo... un toque de... bueno, de algo.

—Sí, quizá lo necesite, Horace. Pero tú lo encontrarás.

Puso una mano suavemente sobre el hombro de él. Estaban en una parte algo apartada de la habitación.

—A propósito, he llegado a una decisión acerca de tu propuesta. Es mejor para mí decírtelo aquí en público porque así lo mantendremos sobre unas bases tranquilas, sanas, equilibradas... una perfecta comprensión entre dos personas adultas que meditan profundamente, muy profundamente, antes de tomar una decisión importante. Creo que habiendo producido en ti este maravilloso florecimiento de tu talento he completado ya mi misión, que no tengo ya nada más que ofrecer. El matrimonio, después de esto, sería un anticlímax, puesto que mi dedicación a ti es realmente intelectual y artística, más que un ansia cálida, apasionada, romántica. Sé que lo comprenderás perfectamente, querido Horace.

—¿Quieres decir que no? —preguntó Horace.

Nancy asintió suavemente.

—Lo siento. Pero para una mujer, el amor debe ser algo inmediato. Debe existir algo en el rostro de un hombre que

sea un atractivo instantáneo. Tomemos esa pintura tuya... es el rostro de un hombre que está lleno de promesas de amor, de ternura, y sin embargo es un rostro firme. Me gustaría que me presentaras a tu amigo.

Por un momento Horace permaneció sentado allí, con el gran fuego de su amor convertido apenas en un puñado de rescoldos calientes. Que Nancy Reeves pudiera sentirse interesada por Lancelot simplemente viendo su retrato llenaba a Horace de amargura... una amargura que aún hacía más negra el hecho de que Horace había aceptado la apuesta de Lancelot de veinte a uno, con lo que acababa de perder cien libras.

—¿Quieres decir —murmuró Horace— que te gustaría conocerle?

—Realmente hay algo mágico en él. Tú has conseguido captar su compulsiva personalidad, y...

—Realmente deberías verle —dijo Horace, ardiendo de celos—. La mitad de su rostro es púrpura como el de un babuino... bueno, así...

Y en un arranque de resentimiento, Horace tomó un pincel, esparció un poco de pintura púrpura sobre su paleta, y la aplicó abundantemente sobre el lado derecho del rostro de Lancelot.

A sus espaldas, la voz de Nancy Reeves dijo sin aliento:

—Pero Horace... ¡ese era precisamente el desafiante toque abstracto que necesitaba! ¡La no convencional, la sorprendente, la enfática negación del realismo...! ¡Horace, esto es asombroso! Puro genio. ¡No hagas nada más... no le des ninguna otra pincelada!

Horace se puso en pie, la miró, y dijo:

—Puedo hacer mucho más. Pero si te gusta así... consévalo. Llámalo «El adiós de un pintor». —Se marchó, y nunca más volvió a la Escuela de Arte.

Una semana más tarde, mientras Horace permanecía sentado abatidamente en la habitación de Lancelot, contemplando como éste trabajaba con sus pinturas, el detec-

tive-inspector local y el policía de guardia entraron inesperadamente.

El inspector hizo una afable inclinación de cabeza y dijo:

—Hola, Horace. Buenas tardes, Lance. Forjando viejos maestros, ¿eh? —Estaba de buen humor.

Horace le dirigió una fría mirada, y Lancelot levantó una mano hacia su rostro para cubrir su mejilla lila pálido.

—Divertido... —prosiguió el Inspector—. Nunca llegué a conectaros a vosotros dos en el asunto del maletín robado. Estaba fuera de vuestra línea de actuación. Pensé que era un trabajo de la gente del norte de la ciudad.

Se inclinó hacia adelante y observó la pintura en la que estaba trabajando Lancelot.

—Excelente. Un buen trabajo de pincel. Un espléndido empleo del color. Yo también soy un poco aficionado. Mata el gusanillo, ya sabes. Relaja. Voy a todas las exposiciones. Ayer hubo una en la Escuela de Arte. Pude admirar una obra maestra de un tal Horace Head.

El policía de guardia avanzó un paso y tendió el autorretrato de Lancelot con el añadido de la mejilla púrpura de Horace.

—Un espléndido remate para una obra maestra —dijo el Inspector—. Una especie de neoimpresionismo con rasgos de emocionalismo no-objetivo, calculado para impresionar al indiferente y llamarle la atención. Eso es precisamente lo que pasó conmigo... así que ya puedes apartar la mano de tu mejilla, Lance, y ambos podéis venir conmigo.

Fueron con él... hacia una condena de tres años.

Pero aquello no detuvo a Lancelot de su afición a pintar. Lo hizo en la prisión, y siguió haciéndolo cuando salió. Actualmente cobra a quinientas guineas la tela, y su nombre es conocido en todo el país.

Pero no suele acudir muy a menudo al Minerva Club. Su esposa —una tal *Miss Nancy Reeves*— no aprueba a los tipos que van por allí, y mantiene sujeto al pobre tipo con un látigo de acero.

## A COMO EN ALIBI

Lawrence Treat

El teniente Decker, el enjuto Jefe de Homicidios de cabellos y ojos grises, se sentó detrás del desgastado escritorio en su diminuta oficina y se sintió viejo. Vacío interiormente. Con la juventud definitivamente perdida. Vencido, acabado. Veinte años antes era rápido y eficaz, y no había ningún individuo, por importante que fuera, que no terminara confesando.

Pero ahora... ¿qué? Ahí estaba ese Frank London, un disparatado e itinerante vagabundo con pretensiones de cantante de folk, riéndose de él, riéndose de la policía. La lógica no había funcionado, las amenazas no habían funcionado, los trucos que había puesto en práctica no habían funcionado. Nada había hecho mella en el tipo, y Decker ya no tenía otra cosa que hacer. Ni arriba, ni abajo. Ni a ningún lado. Simplemente quedarse quieto y dejarlo correr. Calificar el caso como un fracaso, ponerlo en el archivo de los Sin Resolver, y saber en lo más profundo del corazón que se ha fracasado.

Sólo había una cosa de la que el teniente Decker estaba seguro: Frank London la había matado. Decker lo sabía, y London sabía que él lo sabía... y era por eso por lo que London se le había reído en la cara. Una cara redonda, grande, desproporcionada, con unos grandes ojos ágata, mejillas como pequeñas pelotitas rojas, y aquel imposible bigote rubio retorcido como un manillar de bicicleta decorando su labio superior.